

Relación personal con Dios

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Se dice que la manera de obtener victorias en el campo de batalla es descubrir el punto más débil en las defensas de tu enemigo, y *allí* asestar un golpe aplastante. En este plan se basan las tácticas del diablo, cuando intenta impedir que el creyente sea un testigo de Cristo en este mundo.

No soy un soldado, pero sé que es un asunto de suma importancia para todo ejército que avanza, mantener abiertas y proteger sus líneas de comunicación.

Ahora, es cierto que nada es más importante para nosotros, a medida que avanzamos en el camino de la fe, que guardar celosamente y mantener abiertas nuestras líneas de comunicación, es decir, *la relación personal con Dios*.

Si el enemigo nos ataca aquí, ¡ay de nuestro testimonio cristiano y de nuestro gozo espiritual!

¿Por qué gran parte de la cristiandad que nos rodea hoy en día no tiene “columna vertebral”? ¿Por qué toda esta incertidumbre y falta de firmeza en lo que se piensa, como si fuera el colmo de la espiritualidad no estar seguro de nada? ¿Por qué la diversidad de opiniones entre los cristianos y la falta de capacidad para discernir la voluntad de Dios? ¿Por qué la indecisión, la vacilación y la impotencia ante el enemigo, de las que nuestra propia historia ofrece demasiados ejemplos? **¿Por qué?** Porque mantenemos poco o nada el trato personal con Dios.

Cuando lea su Biblia, extraiga verdades, razones e información si quiere, pero asegúrese de llegar a su espíritu y esencia. Esto le llevará a tener una relación con Dios, en la que reciba *comunicación de él*.

Cuando ore, pida muchas cosas si quiere, pero *asegúrese* de cultivar ese sentido de la presencia divina y el asimiento consciente de Dios, que es la única interacción legítima para la *comunicación con él*.

En [Gálatas 1 y 2](#), Pablo nos presenta un modelo sorprendente de esto.

En [Gálatas 1:1](#), recibió *su misión* directamente de Dios: «No de parte de los hombres, ni mediante hombre».

En [Gálatas 1:11-12](#), recibió *su mensaje* directamente de Cristo: «Ni lo recibí, ni me fue enseñado por un hombre».

Pues bien, este trato directo con Dios convirtió a Pablo en el más notable de los hombres.

En estos dos capítulos se caracteriza por cuatro cosas:

1. **Certeza en medio del error** (Gál. 1:7-9). Estas palabras respiran un espíritu de santa intolerancia bastante refrescante en medio del moderno latitudinarismo. Un hombre debe estar tremendamente seguro de su fundamento para usar un lenguaje como este. Y Pablo estaba seguro, no con la certeza de un ignorante engreído, sino de alguien que ha recibido lo que ha obtenido *directamente de Dios*.

2. **Solidez en medio de la complacencia y la inconstancia de los hombres** (Gál. 1:10, 16). Los creyentes gálatas no pueden ser comparados inadecuadamente con un globo. Salieron disparados con un gran rebote (véase Gál. 4:13-15), y sin embargo se dejaron llevar por la más mínima brisa de influencia y opinión humana (Gál. 1:6-8). *Nosotros* ciertamente no somos mejores que *ellos*, pero para el apóstol, Dios era una realidad tan grande que caminaba ante *Él*, y no delante de los hombres.

3. **Rigidez en medio de la oposición** (Gál. 2:4-5). El predicador de antaño habla de un «tiempo de guerra, y tiempo de paz» (Ec. 3:8), pero cuando los fundamentos mismos del evangelio son asaltados, como en este caso, ciertamente no es lo segundo. Por lo tanto, en presencia de una acerba oposición, Pablo es absolutamente inflexible, aunque en Jerusalén encontró el bastión de los errores que resistió. ¿Y por qué? Dice: «Subí según una revelación» (Gál. 2:2), es decir, por una orden recibida *directamente de Cristo*.

4. **Estabilidad en medio del disimulo** (Gál. 2:11-14). En Antioquía la iglesia era como un barco en un mar agitado por la tormenta. Cuando Pedro se retraía y Bernabé disimulaba, dos de sus anclas cedían; pero, gracias a Dios, Pablo se mantuvo firme y salvó la situación. No es fácil frenar la corriente y mantenerse solo, y el hombre que logró esa hazaña en un sentido espiritual, y se mantuvo en pie cuando todos los demás cayeron, cierra su inspirador discurso con las palabras: «Vivo en la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se dio a sí mismo por mí» (Gál. 2:20). Él estaba disfrutando *directamente del amor del Hijo de Dios*.

Esto es profundamente alentador, pues lo que Pablo sabía podemos saberlo, ya que no era más que un hombre de pasiones similares a las nuestras.

Tengamos, pues, por la gracia de Dios: (1) Certeza; (2) solidez; (3) rigidez; (4) estabilidad.

¡Oh, que la mente sincera desee estas cosas y busque la *relación personal con Dios* solo por su propia bendición intrínseca!

Simple Testimony 1900, p.190